

Alejandro Peruani

Sujeto y Poder¹

Antes que nada, los agradecimientos a los organizadores de estas Jornadas por haberme invitado a esta celebración. El **Centro de Extensión Psicoanalítica** cumple 25 años que forman parte de mi propia historia. Yo integré una de las primeras comisiones que lo constituyeron. En aquel entonces en representación de la Escuela Argentina de Psicoanálisis. Años después, y ya hace bastante de esto, volví a formar parte del **CEP** representando a *letra*.

En aquel entonces, hace 25 años, respondíamos a una generosa invitación de Roberto Harari, gracias a la cual los lectores porteños de Lacan, dispersos en distintas tribus y sectas (semi ilegales, semi clandestinos, en los aciagos años de la dictadura), tuvimos ocasión de retomar un diálogo interrumpido por diversos motivos.

Sea éste, entonces, un justo homenaje a uno de los tantos legados que le debemos.

Al ver que me había tocado el último turno de la última mesa de esta Jornada del **CEP**, pensé que si el poder hablara diría: *yo soy el alfa y el omega, el primer decir (ese que ordena, decreta, aforiza, es oráculo) y la última palabra. ¡Vaya exigencia, pues, ocupar este lugar de cierre! Pero además, y sobre todo, ¿cómo hacer para sostener aún, a esta altura de las cosas, la atención de Uds.? ¿Tendré ese poder?*

Poder es un verbo, el verbo “poder”, al que sustantivizamos sin saber qué sustancia dejamos colar bajo su articulación. Foucault en *Sujeto y Poder* dice de él: *es un modo de acción sobre las acciones. Una forma de gobierno sobre las acciones de los otros*, que en la definición foucaultiana excluye la mera coacción.

Nuestro Freud, se las vió con el poder desde un principio. El poder ensalmador de las palabras –propio de las prácticas mágicas (*Psicoterapia, cura por el espíritu*) y con el de la sugestión (prefacio a su traducción del texto de Berheim sobre la hipnosis), buscando en ellos tanto donde hacer pie, como intentar

¹ El presente texto es una reconstrucción hecha, a solicitud de los representantes de letra ante el CEP, sobre notas que tenía preparadas para orientar mi intervención en la Jornada “Sujeto y Poder”, realizada en el marco del ciclo “25 años del CEP, 25 años de Democracia” y que tuvo lugar el 16 de octubre de 2009, en la Biblioteca Nacional. Lo exiguo del tiempo que dispusimos en aquella oportunidad sólo nos permitió dar algunas indicaciones y alusiones sobre lo que aquí tratamos.

explicarlos para establecer una tajante diferencia entre la acción del hipnotizador o la del mago, y el poder de la cura psicoanalítica.

El Poder (con mayúscula), como tantas veces es empleado en el discurso común, tanto como en el de las ciencias sociales o en la jerga de los políticos, aparece en tensión sino en oposición con la noción de sujeto (también en el sentido trivial de este término). Es que en estos casos El Poder deviene una de las figuras de la alienación, y, diré más, señalaré en él a una de las figuras fantasmáticas del Otro (con mayúscula y sin tachar).

Para continuar, citaré dos frases del camarada Iósif Dzhugashvili, más conocido como Stalin. La primera frecuentemente citada por Lacan (en primer lugar en *La Instancia de la letra en el inconsciente o la Razón desde Freud*): “el lenguaje no es una superestructura”.

La otra figura en el lúcido artículo que comenta un texto de Lenin, se trata de *El Marxismo y La Cuestión Nacional*. Ambos autores tercian en la polémica sobre las reivindicaciones nacionales (principalmente por las aspiraciones nacionalistas del Bund) suscitada dentro del que sería luego el Movimiento Comunista. De dichas discusiones y de estos dos trabajos surge una doctrina que llegaría a ser capital en las luchas insurreccionales del tercer mundo: la de “la autodeterminación de los pueblos”. Así, las luchas de liberación nacional, se legitiman dentro del amplio marco de la lucha contra la opresión, pero sopesando las paradojas e incluso las aporías que encierran. La frase en cuestión es la siguiente: “la ideología de los pueblos es la ideología de su clase dominante”.

Las dos frases de José Acero, se vinculan con las paradojas de la constitución de la subjetividad (que no debe ser homologada así como así con el sujeto, al menos en su versión lacaniana, por enigmática que ésta pueda resultar).

A mi juicio las consecuencias de la primera, al sugerir que el lenguaje debe ser ubicado en el nivel de la infraestructura, o estructura a secas, abren camino a la postura de Althusser sobre la reproducción de los medios de producción, de la que derivan sus hipótesis sobre los *Aparato Ideológicos del Estado*, que como todo el mundo sabe no se limitan a los dispositivos estatales de adoctrinamiento y propaganda, sino que abarcan a las organizaciones de la sociedad civil y a las del sector privado, a las iglesias y a la educación en general, e incluso al ámbito íntimo como es el caso de la institución familiar.

(Tomemos nota de que señalar que el lenguaje debe ser ubicado a nivel de la infraestructura, no nos permite poner a sus “formaciones” o “estructuraciones” en idéntico nivel –tal el caso de los AIE althusserianos-, pero sí pensarlos como formaciones del lenguaje y no como simples reflejos –que nos provean de imágenes adecuadas o distorsionadas e incluso altamente engañosas- de otras realidades. Por lo cual ellos mismos se integran desde una perspectiva

descriptiva en la máquina productora y reproductora de relaciones sociales. Es decir, que los pensamos como formaciones del discurso y como corporizaciones de lo discursivo).

Estos aparatos son propuestos como productores de sujetos (los constituyen como tales, aunque es obvio que aquí sigue siendo aconsejable la prudencia ante la tentación de asimilar, demasiado de prisa, a este término con el lacaniano), sujetan a los individuos conformando sus conductas e incluso la idea que se hacen de sí mismos y de las relaciones sociales. Al tiempo esta sujeción alienante resulta indispensable para producir los sujetos (tanto sociales como políticos) que eventualmente pudieran interpelar al Poder. Vemos que aquí resulta, aún, necesario esclarecer cómo un proceso de pura alienación llega a engendrar un sujeto crítico (en crisis con sus propias determinantes), enfrentado a la alienación y, entonces, sí, resulta interesante rescatar las paradojas en las que Lacan señala al sujeto suspendido entre dos momentos (en un sentido más vectorial que cronológico): el de la alienación y el de la separación.

Siendo (el sujeto) efecto del discurso, que pende de la pura estructura del lenguaje, si es que lo que representa un significante es al sujeto para otro significante que está allí en calidad de presencia de la cadena significativa misma tanto como de la sincronía constituyente. Y todo esto a condición de que haya un significante que separado de la determinación de la cadena, quede allí - él solito- a cargo de la única representación posible, de esa nada en la que reposa todo sentido de lo que se articula, al descompletar al Otro.

La segunda (frase citada de Stalin) (esa de que *la ideología de los pueblos es la de su clase dominante*) me evocaba la afirmación de Lacan en *La Tercera* de que *hay un único síntoma social* y es que *todos somos proletarios*. Término al que le dá esta sorprendente precisión: *que no disponemos de un discurso para hacer lazo social*.

Es decir, no podemos disponer con libre albedrío de un discurso que exprese nuestra voluntad de hacer lazo con el otro estableciendo claramente nuestros intereses propios y sus condiciones de necesaria reciprocidad.

Las reservas de Lacan frente a las hipótesis contractualistas del lazo social son radicales, aunque de apariencia paradójica. Recordarán Uds. su objeción frente al desenlace que le da Hegel al enfrentamiento de los dos contendientes, en su dialéctica del amo y del esclavo. Lacan protesta: para que se logre tal resolución debió haber un pacto previo que estableciera, ya, como alternativa a la muerte las figuras del señor y del siervo. Pero, en modo alguno supone que antes o después, los que se enfrentaban pudieran pergeñar tal convenio. Al contrario. Y es que *quid pro quo*, es el discurso el que dispone de nosotros. Nacemos y somos, ya, en el lazo social. Somos consecuencia del poder de la palabra. Nombrados por, y enlazados en, un discurso.

Hacia este punto convergen la hipótesis de Freud de la función inconsciente del Edipo (no dije: la hipótesis del inconsciente de Freud; dije la hipótesis de Freud sobre la función inconsciente del Edipo) y la de Levi-Strauss de las estructuras elementales, ¿no es en este espacio que debemos interrogar, no una equivalencia, sino una coincidencia topológica con lo que se ha denominado ideología?

Puedo ahora pedirles que me acompañen hasta el televisor. Escucharemos un fragmento de nuestro Himno Nacional, casualmente aquel que repite: *Libertad, Libertad, Libertad...*

Mientras el primer plano es para una mano que sostiene un “control remoto”. Y para un pulgar que recorre el teclado, frenéticamente, al compás de la Canción Patria².

Evocarán Uds. el vel de la alienación y la operación de separación, vinculadas a la divisa: “Libertad o muerte”. Así como la ficción histórica que hace de dicha libertad la sustancia y esencia del “sujeto” moderno.

Pero nuestro spot publicitario evoca esta mentada Libertad con aires heroicos, no para rescatar al ciudadano abstracto del contrato social, sino para la *aufhebung* de su nueva condición de usuario-cliente.

Cierta teoría de la decisión, de cuño usamericano, intenta darle consistencia teórica a la única justificación que hasta el presente puede sostener el capitalismo: la de que el mercado es el mejor asignador de recursos³. Uds. ya saben: cada uno vota al comprar decidiendo de ese modo, democráticamente, no sólo quien se lleva la ganancia contingente, sino, hacia donde han de fluir los recursos de la sociedad en su conjunto, es decir las inversiones.

Emparentándolo o no con la teoría de los sistemas emergentes (senda matemática de la que podríamos esperar formalizaciones que brindaran nuevas apoyaturas a la idea que nos hacemos de los procesos inconsciente), el decisionismo –aquí- cumple un plan estratégico por el cual el poder se vuelve inasible y ubicuo y carente de toda encarnadura. Al punto que nos atrevemos a conjeturar que el poder del Poder encuentra -en estos discursos- su más sólido apoyo. ¿Qué oposición podrá tener un poder que no existe en ningún lado? ¿Qué mejor garantía para reinar en todas partes?

² Mención al spot publicitario de la Cámara de Anunciantes, propalado por la totalidad de los canales de cable, en forma incesante, durante la campaña con la que el Poder nos atosigaba en esos días, en contra la Ley de Medios Audiovisuales finalmente promulgada por el Congreso de la Nación.

³ Certeza compartida por casi toda la Academia (incluso por autores que se nombran “progresistas”, que encuentra tanto en las “corruptelas” de los gobiernos “populistas” del llamado tercer mundo, como en la implosión de la CCCP, la supuesta evidencia empírica de su exactitud) y frente a la cual la producción masiva de excluidos, el uso disparatado de los bienes culturales y de los recursos naturales y el Calentamiento Global, no les da ni frío ni calor.

Nadie decide, nadie legisla. Al tiempo (supuestamente) todos decidimos todo el tiempo.

La sumatoria de estas decisiones individuales, “autónomas y libres” va configurando la escena social, la distribución de recursos, los cursos del desarrollo tecnológico industrial, las relaciones sociales y toda la vida humana.

Nuestro spot, sin embargo nos instruye por lo que vela y consecuentemente desnuda. Es la mediación del *gadget*⁴.

Nuestro “elector” sentado en living de su casa sostiene el “control remoto”. Como otros representantes imaginarios del falo: el mismísimo pene, el cetro, la espada real o el látigo... el control remoto se nos presenta como siempre dispuesto a procurarnos una satisfacción al alcance de la mano.

Pero, en esta vía ¿qué se satisface? El tecleo compulsivo al que se ve entregado nos interroga por esa satisfacción de corte perpetuo, tan demostrativa como toda compulsión de que hay algo que no se puede cortar.

(Estos no son comentarios que deban resultarnos ajenos en momentos en que nuestra práctica resulta encorsetada y resumida en la omnipresente receta del corte, degradado hasta la promoción mimética de la *zapping cure*. Jacques Lacan se revela contra un freudismo reducido, por un lado a una jerga de contraseñas identitarias que confirman una pertenencia antes que elaborar una experiencia; y por el otro, a un ritual ceremonial que daba cuenta de una identificación imaginaria con el personaje del maestro. Es entonces que nos recuerda que Freud se ha provisto de herramientas técnicas adecuadas a su mano. *But in the other hand*, se encuentran los principios de su acción).

Volviendo sobre nuestro gran elector, al que apela el corto publicitario, se nos hacen patentes algunas elisiones.

La imagen del usuario-cliente, que por la evocación de las notas del Himno sustituye al estatuto del ciudadano, nos hace saber que no todos los llamados han sido los elegidos (como dice el evangelista), ya que esa libertad sólo vale para los que cuenten con las letras de cambio suficientes para poder hacer valer sus elecciones (y en principio dispongan del *gadget* adecuado).

Pero, además, el usuario-cliente puede elegir lo que el menú le ofrece. No, otra cosa. Y esto sin contar con los condicionamientos que guiarán su elección dentro del mismo. Desde el asentimiento informado por campañas permanentes.

⁴ Sobre la función del *gadget* se pueden encontrar algunas alusiones en Lacan. Pero aún hay para que los psicoanalistas digamos algunas cosas sobre la influencia de estos ingenios tecnológicos y biotecnológicos en la vida cotidiana y en la creación de realidades virtuales que se entretajan con la misma. Y queda por cierto, mucho para pensar.

Por incitaciones subrepticias. Y hasta por el acoso de los *call centers*, a través de su teléfono y de su inapagable celular (nuevamente los inevitables chirimbolos).

El quid de toda “política de la información” no reposa sólo en el gobierno de la multiplicidad abrumadora de lo que se nos “hace ver” sino, y principalmente, en lo que por esa vía queda invisibilizado y acallado.

Seguramente no puede encontrarse una imagen más clara de la despolitización de la política. Pero lo que me interesa es señalar, dentro de los implícitos de este mensaje, es la operación recíproca de la promoción narcisista del tele-evidente abstracto y su contracara, la dispersión del Otro (si me permiten la provocación:) en lo real. Lo que nada tiene que ver con su tachadura. Ni con la puesta en cuestión de su existencia. Ya que si las actuales proliferaciones de religiosidad no fueran de por sí ilustrativas, veríamos que ese Otro que se dispersa entre todos o mejor entre los “cada uno” (de la abstracción descripta), se hace sentir como un pesado fardo de impotencia en cada quien. E impera tanto en la resignación como en la concupiscencia con la que contemplamos, y sólo eso, el espectáculo del mundo (por CNN).

La otra cara de esta hiperconsistencia del Otro (es decir del Poder), sostenida en su supuesta evaporación, es como adelantamos recién, la ilusoria entronización del moi (ese ser ilusorio, idéntico a sus identificaciones, es decir alienado en las figuras a las que ha sido sujetado, pero que desconoce toda determinación, de modo de imaginarse indiviso y autónomo y siendo en sí mismo, pero de un modo radicalmente abstracto) como agente decisorio, negando su condición de siervo de la servidumbre imaginaria que lo constituye, y renegando, también, de todas sus determinaciones simbólicas y sociales, para no mencionar las económicas ya que no son otras que las anteriores.

En resumen, hemos intentado poner en cuestión la rápida equivalencia entre sujeto y subjetividad.

Pensamos a la subjetividad como los efectos imaginarios (virtuales) de un entramado de discursos, en el que –creemos- no debe ser descuidada, ni desestimada, la eficacia del discurso hegemónico que relata-produce la realidad compartida, cuyo agente misterioso y principal efecto (huevo y gallina) es llamado Poder.

No hay otra subjetividad que la psicología de las masas (única psicología realmente existente). Lo que debería precavernos del desprecio en el que inmediatamente solemos confinar toda mención a la misma. E incitarnos a intentar otras lógicas para dar cuenta de lo colectivo que no queden atrapadas en las redes de lo subjetivo⁵.

⁵ Senda que nos es otra, a nuestro juicio, que la emprendida por J. Lacan

Sobre esta senda debe ahondarse la discusión sobre el poder de los medios de comunicación de masiva, la cultura espectáculo, los diferentes juegos que la virtualidad soportada en la tecnología realiza en constante avance, etc., etc.

Reservamos el término sujeto para designar el producto descentrado de este eje discursivo que cumple el oficio de la disciplina social. Aunque, subrayamos, es también efecto de ese discurso (ya que la posibilidad, no de pensar en él, sino de situarlo como lugar de operación excesiva, es históricamente fechable). Su ser de no ser, puntual, evanescente y fugitivo reposa en la estructura misma del lenguaje, es decir más allá de la función de la palabra que se realiza en las formaciones discursivas. La incidencia de este efecto intermitente de la estructura sobre los hablantes tiene como manifestación al síntoma. El síntoma presentifica la dimensión de lo real (del sujeto) y por lo tanto lo interpela por la verdad (de su estúpida y singular existencia).

Alejandro Peruani